

La verdad sobre la escritura de novelas

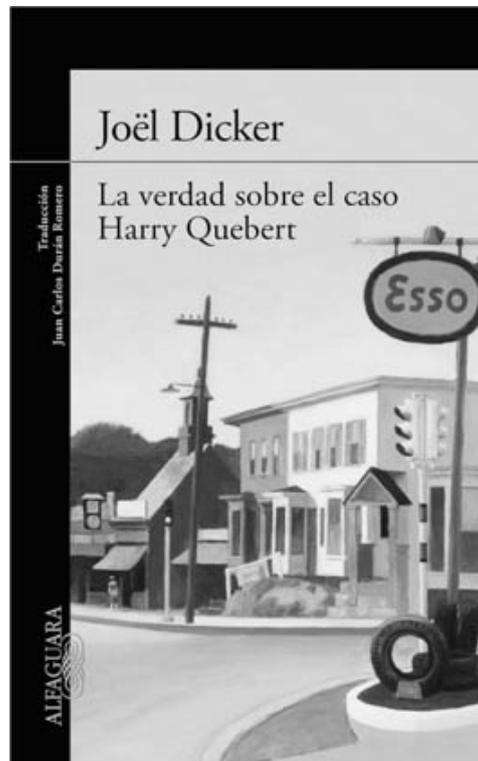
Jorge Alberto Gudiño

Son muchos los novelistas que han escrito en torno al acto mismo de la escritura. Al parecer, la tentación resulta inevitable. Ya sea porque existe una suerte de misterio en torno a los procesos creativos, ya porque los autores se sienten cómodos hablando de lo que mejor conocen, ya porque les gusta pensar que bien vale la pena hacerlo. El caso es que muchos se han dado a la tarea de retratar a sí mismos o de crear personajes acechados por manías, obsesiones y traumas que padecen en carne propia. En una de éstas, sirve para exorcizar sus propios demonios. Esta elección narrativa puede ser bien recibida aunque también implica correr riesgos. El de parecer petulante, por ejemplo, es uno de los mayores.

Joël Dicker (Suiza, 1985) tiene la edad para correr cualquier riesgo que se le ocurra y eso es alentador. Ojalá muchos autores se plantearan objetivos tan altos para sus primeras obras. El resultado es favorable. Al menos eso es lo que ha opinado la crítica mundial. No por nada ha ganado premios y lectores por doquier. Incluso ha sido de los libros más peleados en las ferias de libros donde se venden derechos de traducción. Y todo, con una novela en la que el protagonista es un escritor.

Marcus Goldman casi podría ser su *alter ego*. Es un joven autor norteamericano que ha vendido un millón de ejemplares de su primera novela. Las mieles del éxito llegaron pronto. El problema es que se descubre incapaz de escribir un nuevo libro y su editor está dispuesto a demandarlo por no cumplir con los tiempos de entrega. Por eso decide refugiarse en una pequeña ciudad de New Hampshire, en la casa de Harry Quebert, su mentor literario durante la universidad.

Será al regreso de Marcus a Nueva York cuando se destape una sórdida historia del



pasado de su maestro. Treinta años antes desapareció Nora Kellergan, una chica de quince años. Su cadáver ha sido descubierto en el jardín de Quebert, quien es llevado preso. Marc vuelve al poblado para demostrar la inocencia de su maestro. Sin embargo, las cosas no serán sencillas: pronto descubrirá que Quebert y Nora tuvieron un romance pese a que él le llevaba casi veinte años. Eso lo vuelve culpable ante la opinión de todos. De cualquier modo Marcus investiga y, mientras lo hace, decide que su nueva novela será justo la que explique lo sucedido tres décadas atrás.

Joël Dicker conoce poderosas estrategias narrativas. De hecho, cada uno de los treinta y un capítulos está encabezado por otros tantos consejos de escritura, los que, presuntamente, Quebert le dio a Goldman. Y justo eso permite que los planos de lec-

tura se multipliquen. Por una parte, la novela policiaca funciona bastante bien: cada uno de los personajes se perfila como culpable y hay suficientes giros de tuerca hacia el final como para emocionar a los amantes del género. Por otra, este falso juego metaficcional sirve como una forma de amarrar la atención de lectores que no gustan de los thrillers. Además, se da el lujo de retratar la intimidad de un escritor incapaz de escribir línea alguna: es decir, se adentra en uno de los grandes mitos del proceso de escritura y en la forma en que el personaje logra salir de su problema. Por último, la novela es campo fértil para el melodrama: desde la idealización de Nora hasta las actitudes de algunos personajes que se acercan al romanticismo descarnado.

En otras palabras, Dicker escribió una novela con un amplio espectro de lectores y lo hizo con plena conciencia. No es la gran maravilla que gritan reseñistas complacientes, pero el autor es muy joven y tiene un largo camino por delante. Además, su atrevimiento bien puede servir como acicate para motivar a nuevos autores: no cualquiera se planta firme frente a la idea de escribir un gran libro, así que el intento es plausible. Y tampoco es que el resultado final sea negativo: es una novela que cumple cada una de las cosas que promete y eso es algo para agradecer. Si alguien se deja llevar por el engaño de la gran literatura (algo que no se pretende), la culpa no será del autor. Si prefiere dejarse seducir por la trama y los personajes, entonces encontrará una lectura a la que abandonarse. **U**

Joël Dicker, *La verdad sobre el caso Harry Quebert*, Alfacuara, México, 2013, 672 pp.